

calvino: cuatro siglos después

• IGNACIO PEREZ DEL VISO S. I.

GINEBRA, 1564. Comprendiendo que se acercaba su hora, el inspirador de la *Iglesia Reformada*, reunió en torno suyo a los pastores y a los Consejos de Ginebra. Hizo ante ellos confesión de sus pecados y negligencias. Este anciano de 54 años, contemplaba a sus pies la ciudad que durante un cuarto de siglo había evangelizado y organizado con tanta pasión como firmeza. Desde hacía cinco años que se hallaba prostrado por los cólicos, la tisis, la gota. Pero ni la enfermedad de sus pulmones, riñones, intestinos o encéfalo, pudieron extinguir la luz de su espíritu. Continuaba escribiendo, reeditando, puliendo. Cuando no podía tenerse en pie, predicaba sentado. Cuando no podía trasladarse a la iglesia, se hacía llevar en una silla.

La confesión de sus faltas fue su testamento espiritual. Proclamó que sólo había buscado en la Tierra servir a la gloria de Dios. Ese fue su lema, semejante al de su coetáneo, Ignacio de Loyola: a la mayor gloria de Dios. Dos hombres decisivos en el siglo de la Reforma, que tendrán el "honor" de ser enterrados juntamente con el siguiente epitafio del impío Renán: *"No sé si se encontraría un tipo más perfecto del ambicioso (que Calvino), deseoso de imponer su pensamiento porque lo creía verdadero. Apenas veo a Ignacio de Loyola*

que pueda disputarle la palma de esos terribles arranques; pero Loyola ponía en ello un ardor español y un impulso de imaginación que tienen su belleza... en tanto que Calvino tiene todas las asperezas de la pasión sin poseer igualmente el entusiasmo. Se diría que es un intérprete jurado arrogándose un derecho divino para definir lo que es cristiano o anticristiano".

Calvino, ese hombre desinteresado, simple, sobrio y severo en su vida privada —virtudes que le reconocieron Pío IV y el Cardenal Sadolet— se había equivocado en cuanto a su hora final. La Voluntad Divina le concedía aún un plazo de dos meses. Y entonces, el "orgullosa y soberbio Calvino" —con rostro de cadáver— se hace llevar nuevamente a la reunión donde se practicaría un ejercicio de "culpa fraterna", al estilo de los monjes del desierto. Se sometió humildemente, el primero de todos, a la censura de sus hermanos. Escuchó, con paciencia cristiana, la reprensión de sus defectos: arrebatos, testarudez, orgullo y crueldad. Tomó entonces la palabra, y después de prevenir a cada uno contra sus malas inclinaciones, se alargó, jadeante, por más de dos horas, meditando apasionadamente el Evangelio.

La vehemencia de su pasión cristiana lo ahogó en vómitos de sangre. Ya no

hablaba, sólo murmuraba sus oraciones: "Tú me aplastas, Señor, pero me basta saber que es tu mano". Y sin que nadie lo advirtiera, pasó suavemente a enfrentarse con el término a que había sido predestinado.

Más de 50 millones de cristianos escuchan todavía hoy su mensaje, y casi no hay iglesia nacida de la Reforma que no viva aún de su herencia. Capitalismo y socialismo escarban con su raíz en en el cerebro de esa mente privilegiada. Pero el mayor elogio a su persona es haber recibido el grueso de la artillería teológica y la calumnia por las rendijas que abrían en el recinto de su honestidad privada, escritores más fervorosos que honestos. No fue un santo ni pretendió serlo, en el sentido ejemplar de la palabra; pero vivió y predicó el Evangelio con verdadera pasión, no tan exuberante como la de Martín Lutero, pero dentro del marco de una vida virtuosa, consumida en breve tiempo por el celo de la Gloria de Dios.

De haber sido un escritor mediocre, habría pasado inadvertido. Sus ideas se habrían apagado lentamente, carcomidas hombres, fuera del catolicismo, han encarado los problemas teológicos con tal seriedad, rigor y profundidad. Sus diferencias dogmáticas con la Iglesia católica no pueden disimularnos el genio de su talento, la sinceridad de sus convicciones ni la honestidad de su vida. El proceso por el cual se apartó de la Iglesia católica es demasiado complejo, para que le colguemos, como una sentencia de muerte, el sanbenito de la apostasía, con lo que este término implica de culpa, infidelidad y perversión.

Para adentrarnos algo en la complejidad de su cambio interior, bastará re-

cordar que su padre murió fuera de la Iglesia católica... por no presentar al cabildo las cuentas de la administración, no por falta de honradez, sino a causa de su larga enfermedad. A pesar de ello fue *excomulgado*, y no se le levantó la pena en la hora de la muerte. No deduzcamos superficialmente que el hijo, amargado, se haya pasado al movimiento reformador, surgido en Sajonia, llevado del resentimiento. La convicción brotó de su interior, pero no podemos tampoco negar que haya sido alimentada por múltiples y desdichados episodios.

Daniel Rops ha escrito de él, con más elegancia que ponderación, con más entusiasmo apologético que imparcialidad de historiador o teólogo: "Calvino ha sido, sobre todo, el hombre de la ruptura decisiva, y en este punto, más que en los otros, un católico no puede menos de *sentir horror de él*. Mucho más que Lutero, *con una especie de rigor luciferino*, Calvino se aplicó a levantar entre la Iglesia, que le había dado su bautismo, y la que él pretendía "edificar", un muro infranqueable, un abismo... Después de él quedaba desechada, humanamente, toda esperanza de volver a coser los pedazos de la Túnica inconsútil... Tal es el sentido de la vida de este hombre, tal es el triunfo de un Juan Calvino".

Sentir horror de quien procedió con un *rigor luciferino*. Imagen demasiado mezquina para la hora en que vivimos y demasiado falseada para la historia de siempre. Al morir Calvino, quedaba ciertamente desechada toda esperanza humana de reunificar la comunidad cristiana en Occidente. Pero no ha de cargar con la culpa la claridad de su genio teológico, sino que la causa ha de verse

en el endurecimiento de los corazones, por ambas partes, que ahogó la fuerza del amor durante cuatro siglos.

Resultaría demasiado breve el espacio de estas líneas para abocarnos al pensamiento teológico de Calvino, centrado en temas tan sutiles y especulativos como el de la *Predestinación*. Este misterio, además de escandalizar fácilmente al hombre de la calle, resulta un torniquete para la mente de los teólogos. Cualquier cristiano se pregunta alguna vez en su vida: "Si es que me voy a condenar (y Dios ya lo sabe) ¿a qué tanto esfuerzo? Y si "está decretado" que me condene, ¿por qué Dios, tan bueno, lo permite? ¿Acaso un padre, pudiendo impedirlo, dejaría a su hijo caer en el infierno? ¿Y no podría Dios impedirlo otorgándome gracias "especiales" como a sus escogidos? La mente corre así por un desfiladero que la despeña en un grito de angustia. Ignacio de Loyola había comprendido el peligro de su tiempo y advirtió en los Ejercicios: "Dado que sea mucha verdad que ninguno se puede salvar *sin ser predestinado* y sin tener fe y gracia, es mucho de advertir en el modo de hablar..." (Regla 14 para sentir con la Iglesia). Y en la 15: "*No debemos hablar mucho de la predestinación*, y si algunas veces se hablare, que el pueblo menudo no venga en error alguno..."

Calvino habló, tal vez, demasiado de la predestinación. O mejor dicho, pensó demasiado. Construyó un sistema de una lógica férrea, pero al contemplar después su obra maestra, un escalofrío corrió por la médula de su espíritu, y exclamó: "*Confieso que esta sentencia es terrible*". Pero no nos ilusionemos pensando que la doctrina católica nos "explica" este verdadero misterio con la cla-

ridad de un teorema geométrico. Se aferra, con toda fidelidad, a la frase de San Pablo: "*Dios quiere que todos los hombres se salven*" (I Tim II, 4), pero al conjugarla con la posibilidad de que algún hombre se condene, comienzan los teólogos a multiplicar sus hipótesis y teorías, cada una de las cuales tiene la virtud de dejar al descubierto nuevas dificultades pretendiendo solucionar las de la anterior. Esta consideración nos hará, tal vez, ser más comprensivos con el sistema de Calvino, en un punto tan oscuro en el que el mismo San Agustín perdió pie y cayó en afirmaciones que la Iglesia no haría suyas. Nuestro cristianismo alimenta una esperanza en la salvación que no se deja apabullar por ningún sistema de decretos "abaeterno", cuando eleva sus brazos con las palabras del salmo 27 (Vulgata 26): "aunque mi padre y mi madre me abandonen, Yahvé me acogerá".

Prescindamos por el momento de la teología de Calvino, para echar una mirada a ese retrato que nos legaron cuatro siglos de pasión reformista y antireformista. ¿Profeta o demonio? ¿Enviado de Dios o de Satán? Según donde nos ubiquemos, veremos muchos fantasmas detrás de su silueta, sin reparar en el rostro mismo de Calvino.

Un juicio imparcial. ¿Quién podría darlo? Tal vez uno que no estuviera comprometido —si encontramos ese personaje— que no fuera ni reformista ni católico... como Renán.

Los historiadores católicos, incluso los más recientes, suelen adornar la figura de Calvino con las siguientes "virtudes": soberbio, cruel, insensible, avaro, sodomítico, hipócrita, intratable, frío, deshumanizado... ni un "abogado del diablo"

tendría nada que añadir. ¿Acudiremos a los historiadores protestantes para encontrar una digna refutación? Muchos de ellos, tras una imponente erudición, esconden una ingenuidad admirativa; como dijo Baudrillart, "escriben como un devoto franciscano hablando de San Francisco de Asís".

No será necesario ir tan lejos. Bastará leer con un poco de atención algunas de las historias de los "adversarios" católicos de Calvino para encontrar observaciones y anécdotas sumamente interesantes que contrapesan la ristra de epítetos que le colgamos como un collar dorado (*). Dejemos a los discípulos de Calvino el penoso trabajo de descubrir sus puntos flacos, sus facetas oscuras, que si fue un hombre y no un ángel las tuvo necesariamente, como algunos de nuestros ilustres personajes católicos. Prescindiendo del problema dogmático, podríamos incluso afirmar que no tuvo tantas debilidades como muchos príncipes eclesiásticos de su época... El que esté sin pecado, que tire la primera piedra.

CALVINO ¿EL HIPOCRITA?

Esta afirmación proviene, ante todo, de una aprehensión general que nos "hacía" ver, en los protestantes herejes, hombres falsos, que obran contra lo que les dice la conciencia y la claridad de los

argumentos, olvidando lo que dijo el Newman católico: "nunca he pecado contra la luz".

Con la misma ignorancia histórica con que se afirma que Martín Lutero colgó el hábito para abrazar una monja, se buscan los móviles y los intereses que podrían haber impulsado a Calvino a apostatar de la fe de sus padres. Y cuando no se los encuentra, se recurre a una supuesta inspiración demoníaca, que se descubre en el brillo de sus ojos fríos y calculadores...

Sin embargo, si de una cosa no puede dudarse es de la *sinceridad* de Calvino y de su *convicción en la fe*. A los 24 años, en París, se solidariza con las ideas luteranas, sabiendo que el movimiento estaba proscrito y era perseguido en el reino de Francia, por lo cual debe emprender la fuga disfrazado de obrero. *Consecuente con su fe*, se presenta en Noyon, su ciudad natal de Picardía, al norte de Francia, y *renuncia* a los beneficios eclesiásticos, *de que todavía disfrutaba*.

Sin haber cumplido aún los 25, es puesto en prisión dos veces, en Ginebra, por sus ideas reformadoras. A los 27 se dedica con ardor a la *predicación del Evangelio*, con el título de *lector* de Sagrada Escritura, y un año después, de *pastor*. A esa edad defiende con entusiasmo su doctrina en la disputa de Lausana.

Sus adversarios, que formaban el partido de los *libertinos*, obtienen mayoría en el Gran Consejo de Ginebra. Sin acobardarse por ello, *niega la comunión* a los que considera indignos por sus costumbres, entre quienes se contaban partidarios del Consejo. Esto le vale la expulsión de Ginebra, a los 28 años.

(*) Cfr., por ej.: MARX-RUIZ AMADO: *Compendio de Historia de la Iglesia*. (Barcel., 1946). RIDDER: *Historia de la Iglesia católica*. (Madrid, 1960). HILAIRE BELLOC: *Cómo aconteció la Reforma*. 1928 (Emecé, 1945). DANIEL ROPS: *La Iglesia del Renacimiento y de la Reforma. La Reforma Protestante*. (Barcelona, 1957). Enciclopedia ESPASA: art. "Calvino". BAUDRILLART: *Calvin en el "Dictionnaire de Théologie Catholique"* (1923). LLORCA-GARCIA VILLOSLADA-MONTALBAN: *Historia de la Iglesia católica*. Tomo III (B.A.C., 1960). Y como la más digna excepción: LORTZ: *Historia de la Iglesia* (Guadarrama, 1962).

Se dirige al Sínodo de Zurich, donde tiene lugar *la espontánea confesión de sus faltas*, que le valió tantas simpatías. Durante los tres años de su destierro en Estrasburgo continúa los estudios y participa con interés en los *coloquios religiosos* de Alemania.

Vuelto a Ginebra, se dedica con *celo tenaz*, durante los 23 años que le restan de vida, a la organización de la Iglesia Reformada. Llevaba 12 años en ese trabajo, cuando sus enemigos, los *libertinos*, ganan nuevamente la mayoría en los consejos. Pero Calvino *estaba dispuesto a marchar otra vez al destierro*, ante que ceder en un punto tan fundamental como admitir, a la Cena eucarística, a Berthelier, excomulgado por los pastores.

Jamás practicó la "política eclesiástica". Estaba dispuesto a afrontar cualquier persecución antes que ceder frente a lo que consideraba el auténtico Evangelio. De él ciertamente no vale el dicho que "colgó la sotana (sólo llegó a recibir la tonsura) para escaparse con alguna monja o para apoderarse de los bienes eclesiásticos". Ya diremos algo más de su "lujuria y de su avaricia", pero por ahora meditemos la frase de Lortz: "Calvino alcanzó realmente una vida *de estricta moralidad y sobriedad*" (pág. 425).

Durante el último decenio de su vida "apareció ante todos como *el guardián de la fe, persiguiendo implacablemente a los blasfemos públicos*" (Llorca, p. 690). El celo cristiano de Calvino se manifestó frente a diversos "herejes", como el panteísta Jacobo Gruet y el médico español Miguel Servet (descubridor de la circulación de la sangre), quien llegó a negar parcialmente el dogma trinitario.

Calvino condenaba teóricamente el celibato de los sacerdotes, pero daba "el

mal ejemplo" de permanecer célibe. "*Ignoro si me casaré alguna vez —decía— y si tengo que hacerlo, será con el fin de consagrar mi tiempo al Señor, más des- embarazado de los diarios quehaceres*".

Su conversión al movimiento reformador no fue por conveniencias. El cambio sólo tuvo lugar "cuando *se convenció* de que le había sido revelada la idea de la verdadera Iglesia, y *sacrificó todo al llamado de Jesucristo*" (Baudrillart). Cuando habla de Dios, de su gloria, de su honor y de su poder, su estilo se exalta. "*Hay que confesar —dice Daniel Rops— que en esos momentos es grande*". Y Llorca concede que "poseía un *espíritu de religiosidad* a su manera".

CALVINO ¿EL ORGULLOSO?

"¿Cómo no observar —escribe Rops— que a esta personalidad fuera de serie le faltaron las dos virtudes esencialmente cristianas que hubieran sido su sello? *La verdadera humildad*, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres... Y la verdadera bondad". Y Marx: "Como los demás reformadores, mostraba Calvino *desmedido orgullo*".

Comencemos recordando un hecho ya aludido. A los 28 años tiene que abandonar Ginebra, expulsado por sus correligionarios. Reflexionando, entonces, que su conducta autoritaria e intransigente podría traer consigo la destrucción de la incipiente comunidad evangélica, se dirige a un Sínodo que se estaba celebrando en Zurich, y en presencia de los delegados de todos los cantones reformados, *hizo su confesión* de haber contribuido, tal vez, con su intransigencia a la ruina de la Iglesia de Ginebra. "Esta confesión *sincera* le atrajo las *simpatías*

de sus correligionarios, los cuales se atrevieron a interceder por ellos ante los ginebrinos. Entonces... marchó a Estrasburgo con la intención de dedicarse en adelante a la vida privada" (Llorca).

Su primer escrito fue un comentario al tratado "De clementia" de Séneca, que sólo le brindó dificultades pecunarias. "Había hecho reír a los demás cuando recibió con tanto humor el fracaso de su primer libro. No era menos sincero al proclamar la vanidad de todo y el desprecio de las cosas del mundo" (Daniel Rops).

El autor del artículo del Espasa lo pinta como de "porte sencillo". Así como Lutero declaraba su drama íntimo a la faz del mundo, "no me gusta hablar de mí mismo —decía Calvino—, siempre he amado la sombra". "Me callo —rezaba en otra ocasión— porque Tú lo has hecho".

Es difícilmente compatible con un desmedido orgullo la docilidad de que también supo dar pruebas. Durante su destierro en Estrasburgo, se puso bajo la dirección de Bucero, 18 años mayor que él, y le escribía: "Si en cualquier cosa no respondo a vuestras esperanzas, sabéis que estoy en vuestras manos. Advertidme, castigadme". Y en su mismo estilo literario se refleja ese temperamento sencillo y sobrio, despojado de los pedantes embrollos de la escolástica decadente".

Finalmente, dos meses antes de su muerte, reúne en torno suyo a los pastores y consejos de Ginebra, y hace ante ellos confesión de sus pecados y negligencias, que repitió un mes más tarde, poco antes de expirar. Si este hombre no poseyó la virtud como un hábito, tuvo, al menos, verdaderos actos de humildad, escalonados a lo largo de su vida: ju-

ventud, en París, expulsión, ante Zurich, destierro, en Estrasburgo, y muerte, en Ginebra. Esos actos no se realizaron ante Dios sólo, sino abiertamente delante de los hombres. Si a ellos no correspondía una virtud como modo habitual, debemos entonces valorarlos más, por el esfuerzo y la humillación que significan en quien no está acostumbrado a tales postraciones. Pero la espontaneidad con que los realizó nos hace pensar que no pudieron encontrar en su carácter una barrera tan gigantesca —como se ha exagerado— de orgullo y de soberbia. "Calvino mismo —nos dice Rops— experimenta el júbilo de no ser nada, satisfecho de haber vindicado para Dios una autoridad ilimitada".

CALVINO ¿EL INMORAL?

Se dijo que había sido condenado en Noyon, durante su juventud, a ser marcado por mano del verdugo con hierro candente en la espalda, a causa del delito de sodomía. En el artículo de Espasa se admite el hecho a grandes rasgos, reconociendo que varios lo niegan sin aportar pruebas positivas en contra.

Niega la calumnia rotundamente Baudrillart (Dict. Théol. Cath.) sobre estos argumentos: 1) La afirmación proviene de Bolsec, testimonio cuestionable, que escribió, para vengarse, una "Vida de Calvino", 13 años después de la muerte del personaje. 2) La tradición se originó, probablemente, en el encarcelamiento de Calvino, que participó durante su juventud, en Noyon, de tumultos reformistas. 3) No se explicaría la autoridad moral de que gozó Calvino, si dichos tan infamantes hubieran podido apoyarse en el menor fundamento.

En el mismo artículo de Espasa se reconoce indirectamente su honestidad juvenil: "Calvino no fue nunca un católico ardiente, si bien no consta que llevara, antes de hacerse reformador, una *vida desarreglada*". Se admite que su juventud fue la de un estudiante laborioso, inteligente y enérgico, y que sus costumbres parecen haber sido regulares.

Pasada su juventud, pocos hechos hay tan indiscutibles en su persona como la honestidad de su vida privada. No es necesario que nos detengamos en ello. Y en cuanto a su vida pública, baste decir que si el pueblo de Ginebra se le amotinó varias veces, fue por la severidad de la legislación que quería imponer. Había convertido a la ciudad en una especie de Esparta presbiteriana, donde toda muestra de lujo quedaba prohibida. El único recreo artístico que permitió fue la música. Sólo pretendía Calvino establecer el Reino de Dios en la tierra, poniendo al servicio de tal objetivo la fuerza pública del Estado.

CALVINO ¿ANTI-HUMANISTA?

Es fácil imaginarse que, por haber sometido al hombre a una especie de ciego destino, haya anulado, con sus principios y en la práctica, las energías humanas. El también reaccionaba, por otro lado, como Lutero, contra este humanismo pagano que declaraba la autonomía del hombre frente a Dios. Se añadía a esto su temperamento, sobrio y laborioso, que no parecía inclinado a los placeres de la vida, tan del gusto de los humanistas de entonces. Y por encima de todo, su genio, frío y dialéctico, que construyó un sistema denominado "la escolástica del protestantismo".

Es verdad que poseía un temperamen-

to especulativo y sutilmente dialéctico, digno de Duns Scot, el "Doctor sutil". Se había entregado con ardor, en su juventud, al estudio de la escolástica y del derecho. Pero sí pasó largos años en la formación jurídica, fue *obligado por su padre*. Muerto éste, se sintió en libertad para escoger su carrera, y marchó nuevamente a París con el objeto de dedicarse a *las letras clásicas*. Y a tal punto se empapó de los estudios *humanísticos*, que su primera obra fue un "*Comentario*" al tratado *De Clementia*, de Séneca.

Despertaba en él el humanista, que ya a los 11 años había dado muestras de una prontitud natural para la concepción y la inventiva en las letras. Daban ya sus frutos los cinco años pasados en el Colegio de Montaigu, de París, donde se estudiaba filosofía y *literatura*, Padres *griegos y latinos* en sus textos... "Era buena la formación de Montaigu. Saldría de allí bien zarandeado" (Rops). Además del latín y del griego, llegó a dominar pasablemente el *hebreo*.

Cuando atendía su parroquia francesa de Estrasburgo, durante el destierro, dio mucha importancia a los *cantos* en la Iglesia, para lo cual escribió *himnos en francés*. Queriendo después transformar a Ginebra en un centro de cultura y formación evangélica, organizó la *Academia*, con cátedras de latín, griego y hebreo.

Pero donde se manifiesta el genio humanista de Calvino, es en su obra fundamental: "La institución cristiana", escrita a los 24 años y que siguió retocando y aumentando hasta sus últimos días. "Lo que desde el principio llama la atención es *sus sencillez, la sobriedad de su vocabulario. El lenguaje es el de los artesanos, el de las mujeres, los mercaderes y campesinos. Abundan las fórmulas bre-*

ves, henchidas de sentido y hábilmente introducidas; las palabras importantes adquieren todo su valor. Directo y sobrio, ese estilo llevaba al pueblo un pensamiento personal y una lógica persuasiva" (Daniel Rops). Y añade el escritor citado: *"La lengua francesa, hasta él narrativa a la manera de miniaturas, le debe el sentido de la gran composición y de la perspectiva, el arte del período que se apodera del espíritu en su plenitud. Todo esto es maravillosamente nuevo"*.

CALVINO ¿SIN SENSIBILIDAD HUMANA?

"De enjuto rostro... todo en él respira una fría resolución". Esa es la imagen más frecuente que conocemos: frío, calculador, implacable. Incluso se ha escrito que sólo el rigor de la lógica le condujo a una ruptura con Roma, a la que habría llegado sin la angustia experimentada por otros. Pero, en realidad, aunque ese hombre ahogó su drama interior con una férrea voluntad, no pudo impedir que se le escaparan algunas confidencias: *"Llevo ante Dios mi corazón abismado"*, suspiraba.

Su drama religioso se desarrollaba en una esfera más profunda que el conflicto de la separación con Roma. Lo angustiaba verdaderamente el problema de la salvación, y creyó encontrar una esperanza en la doctrina de la doble predestinación: al cielo o al infierno, por un decreto inescrutable de la Voluntad divina. No fue un puro sistema deducido matemáticamente, sino, más bien, una respuesta a su angustia. Y que ésta no se había calmado, lo deja traslucir él mismo: *"Confieso que esta doctrina es horrible!"*

En una rápida mirada a la vida de Calvino, nos llama inmediatamente la atención la cantidad de *amigos* de que supo rodearse. Ya desde su juventud, supo ganarse las simpatías de cuantos le trataron. "Sus condiscípulos lo distinguieron con un trato de *afectuosa admiración*". Y también sus profesores. Cuando en Estrasburgo se pone bajo la dirección de Bucero, le pide: *"Advertidme, castigadme, hacer cuanto un padre puede hacer con su hijo"*. Y esa relación trascendió ciertamente los puros vínculos escolares, llegando a responderle el maestro con emoción: *"Tú eres mi corazón, mi alma"*.

En esa misma ciudad de Estrasburgo dirigió con fervor su parroquia, a tal punto que muchos anabaptistas se unían al joven pastor francés. *"Aquella pequeña parroquia —escribe Rops,— cálida y amistosa, proporcionó grandes satisfacciones a Calvino, y más tarde, en Ginebra, la tomará como modelo"*.

Su paso por la corte de Ferrara, donde intentó aplicar sus ideas reformadoras, suscitó entre él y la duquesa Renata, prima de Francisco I, *una amistad que duraría toda la vida*. Y nada incorrecto podemos sospechar en esa relación, cuando el mismo Calvino había abandonado la amistad y compañía de Margarita de Navarra, hermana del rey de Francia, disgustado por la singular mezcla de erotismo cortesano y piedad mística que la rodeaban.

Si en Ginebra fue reconocido como jefe del movimiento a los 28 años, no fue principalmente por su capacidad cerebral, sino por sus *"extraordinarias cualidades naturales"* (Llorca). "Sus verdaderos amigos reconocían en él cualidades nada vulgares, y él mismo hablaba

de ellos *con verdadero calor fraternal*" (Rops). Reconocen otros que no ha habido teólogo que haya despertado *más ciega adhesión* entre sus partidarios. Y de todos se preocupaba: en Estrasburgo toma a su cargo el cuidado de los refugiados franceses; en Ginebra, organiza la Jerarquía, no sólo con pastores, doctores y presbíteros, sino también con *diáconos, encargados de los hospitales y obras de caridad*.

A pesar del silencio con que cubrió su vida privada, llegamos a intuir algo de su profundo afecto familiar. No fue ningún libertino en materia sexual. Poseía, más bien, un temperamento delicado y gustos, en cierto modo, "aristocráticos". "*La única belleza de la mujer para mí, —llegó a decir— está en su castidad, pudor, modestia y cuidado de su marido*". Ya indicamos que si atacó el celibato de los sacerdotes, fue exclusivamente por sus principios teológicos, y cómo vaciló en decidirse a contraer matrimonio. No se resolvió por el frío cálculo de que Dios así lo había decretado desde la eternidad. "*Amó entrañablemente a su mujer, —nos dice Llorca— de la que tuvo un hijo que sólo vivió pocos años*".

Se afirma igualmente que poseía un carácter duro e intratable, sobre todo en los últimos años de su vida. Pero es que, en realidad, sus cuatro últimos años fueron para él un verdadero martirio. Casi no le quedaba órgano que no estuviera seriamente dañado: de los riñones al encéfalo, de los intestinos hasta los pulmones, que echaban sangre, todo parecía confabulado para agriar su carácter. Lo que debemos admirar, más bien, es que, a pesar de tantos sufrimientos, continuara trabajando incansablemente, sobre to-

do en las nuevas ediciones de sus obras fundamentales. En esa lenta agonía dio un nuevo ejemplo de paciencia y fe cristianas no cuestionó a Yahvé, como Job, porque estrujara su cuerpo, sino que volcó en el Señor toda su resignación y confianza.

CALVINO ¿EL SANGUINARIO?

Lo que entenebrece hasta el extremo la figura de Calvino es la *Inquisición*. Esas hogueras, en las que se carbonizaban sus adversarios, iluminaron con fulgores macabros su rostro enjuto, con barba punteaguda y bonete encajado hasta las orejas. Ni qué decir que por ese costado introdujeron profundos arietes los historiadores católicos... y algunos de los otros. Leemos en la Historia de Marx: "Ejerció hasta su muerte un poder inquisitorial absoluto en lo espiritual y temporal, *con un rigor y crueldad que no tienen igual en la historia*".

¿Quién se atrevería a tomar su defensa? Pues, sencillamente, los mismos ~~católicos~~. ~~católicos~~, sencillamente, los mismos católicos, cuando defienden ingeniosamente la Inquisición, en España o en Italia, "de acuerdo a la mentalidad de la época". En términos generales, debemos decir que: 1) Calvino fue *hijo de su tiempo*. 2) No dejó de influir en ello su *temperamento* disciplinado y organizador, que no encontró otro medio para terminar con los sucesivos tumultos e implantar el orden. 3) A Calvino lo devoró el *celo de la Gloria de Dios*, como se descubre en el Antiguo Testamento, creyendo deber sagrado suyo el castigar a los herejes e inmorales. 4) En Calvino incidió la *reacción* del segundo momento de la Reforma. Como Lutero después de la rebelión de los campesinos,

comprendió que no todos podían guiarse por el "puro Evangelio", y que la masa debía ser disciplinada y coaccionada por la ley, y el temor.

Es muy interesante recordar algunos párrafos de Hilaire Belloc justificando, con poco disimulo, la reacción católica inglesa, durante el reinado de *María Tudor*, hija de Enrique VIII: "María Tudor se propuso, enérgicamente, confirmar la religión nacional (católico-romana) ... Hizo matar, en todo el territorio, mediante el muy antiguo castigo legal de la hoguera, a casi trescientas personas que rehusaban retractarse de sus puntos de vista heréticos ... Cránmer fue injustamente tratado, porque se retractó repetidas veces, y su derecho a vivir, que el hecho de retractarse concedía, le fue negado mediante una treta legal".

En la última parte del reinado de *María*, fueron ajusticiado unos 300 "herejes", aunque la mayoría de ellos murieron —según Llorca— "por haber participado en las conjuraciones". "Ignoramos cuánto tiempo habría durado la persecución —continúa Belloc— y cuál habría sido el número de víctimas de haber sido más larga la vida de *María*. Considero que tal vez ese número habría llegado por lo menos al doble antes que la represión, hubiera logrado una influencia definitiva, antes que hubiera podido rechazar y vencer el ataque a la Iglesia Católica". ¿Nos atreveremos a afirmar, como Marx, que *Calvino* procedió con un rigor y crueldad que no tienen igual en la historia?

Belloc se esfuerza en disipar la "leyenda de que quemar vivas a las gentes horrorizaba particularmente a los contemporáneos, como nos llena hoy de horror a nosotros ...". Podría ser. Tal vez sobre

Calvino pese una leyenda semejante ...

Según Llorca "podemos afirmar que se debe a la Inquisición, en gran parte, el hecho de que España se constituyera como el paladín del catolicismo en el siglo XVI". "Por lo que se refiere al tormento, debe tenerse presente que en aquel tiempo empleaban este sistema todos los tribunales legítimamente estaglecidos". ... "Respecto del espionaje, conviene observar que ha sido siempre un instrumento usado por los organismos mejor constituidos". En cuanto al anonimato de las denuncias y al secreto de los testigos, "era en realidad necesario, pues la experiencia había probado que sin él nadie se arriesgaba a presentar denuncias". En cuanto a la pena de muerte, "baste decir que no hizo otra cosa que aplicar las leyes y las normas ya existentes y admitidas entonces por todos los Estados católicos", aunque reconoce el autor que "los santos más insignes de la antigüedad cristiana, en particular San Agustín, se opusieron decididamente a aplicar penas violentas contra la herejía" (pp. 938-948).

Los resultados "positivos" de la Inquisición española fueron —según Llorca—: 1) Atajar el peligro de los falsos conversos. 2) Preservar de la falsa mística y de la brujería. 3) Parar los pasos al protestantismo. Podríamos agregar un cuarto resultado, positivo desde otro punto de vista, en cuanto que debemos ser más cautos al deducir consecuencias de una idea que tiene algo de mito: La Inquisición puso de manifiesto que el alma española no era tan espontánea ni necesariamente católica; fue necesario un gigantesco aparato eclesiástico-policial para ahogar con fuego los ecos del movimiento reformador que pululaban por

toda la península. Y esta observación no carece de importancia cuando se argumenta, a partir de la unidad religiosa de un pueblo, la necesidad de que el estado sea confesional. Pero lo que nos interesa, por el momento, de la Inquisición en los "países católicos" es el hecho de que, si se pusiera el mismo celo y habilidad en defender la política inquisitorial de Calvino, no se vacilaría en presentarlo como el campeón de la defensa religiosa frente al ateísmo y el humanismo pagano, celoso guardián de la fe e infatigable promotor de la moralidad.

CALVINO ¿EL AVARO?

Con una visión digna de Karl Marx, escribe Belloc: "Si nos preguntamos por cuál razón era tan poderosa la doctrina de Calvino, la respuesta era que proporcionaba un nuevo objeto de adoración, que era un dios implacable: *el amor por el dinero*. Una filosofía que negaba las buenas obras y se burlaba de la abnegación, permitió que ese apetito se desenfrenara en toda su violencia".

Contra esto debemos afirmar:

1) El movimiento Reformador niega que con nuestras obras podamos *merecer* ante Dios, oponiéndose con ello, al menos en las expresiones, a la doctrina católica. Pero de ninguna manera niega la necesidad de las buenas obras, como si estuviéramos dispensados de cumplir los mandamientos. Ya se quejaba Melancton, en la "Confesión de Augsburgo" (1530): "Falsamente se acusa a los nuestros de prohibir las buenas obras" (art. 20, 1). Igualmente Calvino, en su "Institución cristiana": "Aunque confesamos que la fe y las buenas obras están necesariamente vinculadas, sin embargo,

en la fe y no en las obras colocamos la justificación". A pesar de que con las buenas obras no merecemos ante Dios, debemos realizarlas, dicen los Reformadores, porque Dios lo manda, porque con ellas se ejercita la fe y porque son un testimonio ante los hombres y acción de gracias a Dios.

2) Puesto en claro que esa "filosofía" no puede desenfrenar el apetito del dinero —como se imaginó Belloc—, conviene recordar que Calvino, en su vida privada, dio verdaderas muestras de sobriedad y hasta de desprendimiento de los bienes terrenos cuando una misión del Evangelio se lo exigía. No aprovechó su envidiable situación en Ginebra para acumular tesoros que carcomía la polilla. De su mediana herencia se entregó, por disposición testamentaria, una parte a los pobres, otra a su Academia y el resto a sus sobrinos. Concluyamos con las palabras de Lortz: "Alcanzó Calvino realmente una vida de estricta moralidad, *de sobriedad, de economía y de laboriosidad constante*".

3) Si Calvino favoreció el *capitalismo* de los tiempos modernos no fue, como afirma Belloc, por su codicia y por haber erigido el amor al dinero en dios implacable, sino, precisamente, lo contrario: por haber fomentado una vida sobria, por su aversión al lujo y a las diversiones, que alimentaron, con el tiempo, el espíritu de economía y de ahorro.

4) No propugna, ciertamente, Calvino un renunciamiento a los bienes terrenales al modo de San Francisco de Asís. Se inspira más bien en la idea bíblica, acentuada en el Antiguo Testamento, de que *la riqueza y prosperidad son una bendición de Dios*. Pero tampoco se arroja ávidamente sobre los bienes de este

mundo. Le basta usar de ellos moderadamente, bendiciendo al Señor por haberle puesto en condiciones de aprovecharse de ellos. Concedamos que muchos de sus seguidores exageraron tal actitud, para lanzarse a una frenética lucha por el dominio económico, estimulados por ese fervor místico que infunde la idea de estar predestinados al éxito. Deformaban el pensamiento de Calvino que había dicho: *"Somos del Señor, ¡que su voluntad y sabiduría presidan todas nuestras acciones!"*

5) No debemos olvidar que junto a los discípulos desenfrenados de Calvino se encuentra otra serie de hombres, almas elevadas que han encontrado su alimento en la sincera fe de la Iglesia Reformada. "Hallaremos una notable aspiración moral —dice Rops— en ese tipo tan frecuente de *protestantes austeros*, sinceramente deseosos de la gloria de Dios y de su propia perfección moral".

CONCLUSION

¡La gloria de Dios! Ese ideal por el que había consumido su breve existencia y al que había dedicado todo el poder de su genio, con una fe sincera e incuestionable. Ante ella experimentada la *vanidad* de todo lo humano, incluso de la libertad en cuanto autonomía frente a Dios y no en Dios. Una fe que no desmintieron sus obras, de estricta moralidad, de una severidad no reñida con el humanismo, de un rigor atemperado por su fina sensibilidad. Un ideal que fue verdadera pasión, que no podía sufrir, sin castigar, la blasfemia o la corrupción. Gloria de Dios que es bendecida en el uso de los bienes terrenos, empleados con moderación y acción de gracias.

El ideal de la Gloria de Dios lo aproxi-

ma curiosamente a Ignacio de Loyola, mucho más que la ambición y la energía de carácter, como supuso Renán. Sus caminos se habían rozado ya en París: cuando el joven picardo, de 19 años, terminaba sus estudios en el colegio de Montaigne, llegaba un gentilhomme español, de 36 años, cojeando, al mismo colegio que llamaría de "Monteagudo". Ignacio de Loyola no dejó a sus hijos un apelativo "manuable". Juan Calvino se encargaría de ello. "Jesuita" era el término que se aplicaba, desde un siglo antes, a quienes hipócritamente traían, todo el día, el nombre de Jesús en los labios. Calvino lo recogió y se lo aplicó a los "clérigos regulares de la Compañía de Jesús"...

Pero sobre la contingencia de tales anécdotas ocasionales, se descubre un vínculo, más profundo aún que el temperamento de organizadores, y que ha sido descrito por Daniel Rops en una página digna de su estilo:

"Dos son los que en la misma época proclaman con voz fuerte esa certidumbre exaltada de que todo en la tierra debe cumplirse AD MAIOREM DEI GLORIAM: Calvino y San Ignacio; pero mientras el sabio jesuita deja una parte justa a las fuerzas del alma humana, creada a imagen de Dios, ordenándolas como instrumentos libremente escogidos, a la proclamación de esa gloria, Calvino, por su parte, piensa y confiesa que "sería oscurecer la gloria de Dios y levantarse contra él" reconocer al hombre el más pequeño mérito. Realmente, está en el punto contrario a todos esos humanistas, cristianos o no, que, al mismo tiempo, fundaban en el hombre toda su concepción del mundo. ... Insistencia, admirable en sí, en engrandecer la potencia y la soberanía de Dios".